

Presencia de García Monge

Por Alfonso Chase

Dentro de la dimensión de sus propios deseos don Joaquín García Monge no se quedó en promesa. Sin parecer eléctrico, podría decirse que caminó, y se introdujo, por casi todos los laberintos porque transitan los hombres.

A la obra de editor complementan sus trabajos de auténtico creador, y el apostolado impartido en colegios le acerca a su actividad política, directa o indirecta, siempre con interés didáctico y apegado a una formación espiritual lograda por lecturas y ejemplos de maestros indoamericanos.

Don Joaquín García Monge aparece en nuestras letras con una pequeña novela: El Moto, que descubre nuevos campos por la técnica utilizada y también, y básicamente, por los motivos tratados. Decir que fue el creador de la novela costumbrista costarricense es un mérito apuntado a su labor, pero tal vez lo más importante de su obra inicial, aparecida en 1900, radica en que por medio de ella expresa su propio sentir, su propio vivir, la vida del campo y del pueblo y que marca, quizá para siempre, un derrotero en su obra y en su actitud vital. Lo que más apasiona de esta pequeña obra es la sinceridad, la calidez humana y el profundo conocimiento que el autor demuestra de su propia experiencia como hijo de un pueblo aledaño a nuestra Meseta Central, y la ingenuidad con que enfrenta la problemática social y humana en que desenvuelve a sus personajes.

Sí nos apasiona o nos conmueve la actitud existencial de los campesinos, nos deslumbró el lenguaje sencillo con que hablan y la belleza simple de algunas metáforas que se deslizan al través de la obra, sobriamente, y con escasez de pedrería, en un momento en que la literatura centroamericana se encontraba llena de piedras falsas y de cantos de cisnes, apenas existentes en la imaginación de nuestros artistas.

PROLOGO

Algún día dijo don Joaquín que él no tenía biografía. Pero es que fue uno de los pocos que hizo su biografía sin darse cuenta, con trabajo de artesano y dedicación de obrero. Con una humildad ejemplar fue componiendo sus libros, editando los ajenos, sacando cada vez Repertorio Americano y

sobre todo: se fue convirtiendo en símbolo, nunca en leyenda, porque fue uno de esos hombres a los que se les podía ver, sentir y amar con la sencillez que brinda lo real y profundamente humano.

En 1917 nace La Mala Sombra y otros sucesos, una colección de cuentos en que la piedad y una visión descarnada de la vida campesina se vuelven denuncia, para plantear una serie de inquietudes que muchos otros escritores realistas aprovecharían luego para hacer obras con mucho mayor fuerza expresiva y quizá con mayores recursos técnicos o lingüísticos.

Lo conmovedor de la obra de García Monge, y allí creo que radica su acierto, es que nunca abusó del elemento sensible y que sus personajes y situaciones tienen la sobriedad reposada del que narra un suceso con objetividad extrema, a la vez que lo matiza con su propio sentimiento, tratando de no excederse, pero también de no retener o tergiversar el contenido en provecho de una forma.

En el campo de la narración extensa, y un poco más complicada, García Monge publica en 1900 la novela Las Hijas del Campo, que sin lograr la sencillez de su obra primera, logra penetrar en el ambiente de la ciudad y describe un mundo enfermo, casi podríamos decir que corrupto, en que la crítica se combina con la descripción un poco descarnada de las situaciones específicas y anímicas de sus personajes. El tema amoroso de los protagonistas está tratado de una manera hermosa, humana, pero conllevan ambos un destino un tanto absurdo, al que se aúna la adversidad de las circunstancias y también la vida urbana que, sin ser terriblemente complicada, los empujados a una serie de vivencias difíciles. En esta obra se emplean técnicas muy especiales y la morosidad de las descripciones la emparenta con muchos de los experimentos que ya se estaban en otras latitudes aunque el autor lo hace dentro de cánones estrechamente tradicionales.

Abnegación, otra novela corta, publicada en 1902, no aporta mayor cosa a la obra creativa de García Monge, aunque notamos cierta experimentación en el lenguaje y un intento de profundizar en situaciones ya esbozadas en sus obras anteriores, pero que no logra cristalizar

completamente, quizá porque sólo sea un complemento a Las Hijas del Campo.

De La Mala Sombra y otros sucesos vale la pena hablar con más detalle, porque es diferente a la obra narrativa de García Monge publicada en 1900 y 1902 y porque dentro del cuento costarricense, y latinoamericano, presenta características un poco especiales y significativas, ya que al margen de explorar la vida de nuestros campesinos plantea una serie de problemas de tipo social que a pesar de los años conservan vigencia. Sin ser un escritor político, don Joaquín García Monge trae un tipo de personaje rural que por sus propias dimensiones resulta nuevo en nuestra literatura. Más que el campesino festivo y bullanguero de las obras de muchos de sus contemporáneos, don Joaquín nos trae un personaje vivo, comprometido con su tierra, algunas veces patético y otras desconcertado, sin educación definida pero lleno de sabiduría popular, de dolor íntimo por sus condiciones materiales pero también golpeado por el paisaje.

Quizá sea en esta obra en que se halla más patente la influencia de Tolstoi, no propiamente en la técnica narrativa, sino más bien en el aire que rodea a los personajes y a sus reacciones más específicas.

En La Mala Sombra encontramos por primera vez planteada de manera clara el tema de la explotación rural, de las condiciones tremendas en que se desenvolvía el campesino de principio de siglo y también encontramos un aporte nuevo, moderno para su época, en cuanto a la definición de la situación y la movilidad de los personajes dentro de la obra. Hay una terrible tristeza en todos los relatos, una melancolía por las condiciones humanas y sobre todo una desesperanza por la vida que convierten la obra en un libro pesimista. Con este libro nace en Costa Rica a la vez que el realismo, el costumbrismo propiamente dicho, porque la dimensión en que se desenvuelven lenguaje y situación, anímica y externa, configuran una simbiosis interesantes y bien lograda.

Podría objetarse que la obra de García Monge como creador propiamente dicho se limita a tres

o cuatro libros, muy principio de siglo, pero estas no se quedan allí sino que siguen teniendo la vigencia deseada por el autor en su interés creativo. La obra de escritor la complementó, muy sabiamente, con la de editor, y de ella se derivó, con la fundación de la revista Repertorio Americano, toda su posterior energía creativa.

Repertorio Americano fue una revista que nació en 1919 y se publicó consecutivamente durante casi cuarenta años. Nació de la necesidad de don Joaquín por plasmar sus inquietudes periodísticas, que siempre le habían andado rondando, y también como un deseo, íntimo y preciso, de dar a conocer en una revista planetaria y amplia, el pensamiento de los indoamericanos, especialmente, y de los escritores europeos y asiáticos y africanos y de otras latitudes, que por un extraño milagro, don Joaquín iba descubriendo y brindando a sus suscriptores.

Al través de los años Repertorio Americano se fue convirtiendo en una revista legendaria. Por el modo como nacía cada edición y quizá por la perseverancia con que, en medio de privaciones, don Joaquín la iba llevando adelante.

Nació Repertorio bajo la advocación de aquella otra revista fundada por Andrés Bello y persistió en ella un espíritu americanista y antimperialista de que se nutrió siempre. Fue una revista que dio a conocer el pensamiento de América en el mundo y, revista de revistas, tuvo la sabiduría de recoger en sus páginas el testimonio de varias generaciones de creadores americanos que van de José Martí, el póstumo y el vigente, hasta los primeros escritos de Mariátegui, Diego Rivera, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Pablo Neruda y tantos y tantos escritores, que por sus páginas se sucedieron.

Llama la atención al releer Repertorio Americano la calidad de las colaboraciones, pero más entusiasmo el saber que don Joaquín, en la soledad de sus oficinas, era el hombre que formaba la revista, la editaba y la llevaba al correo y batallaba con las suscripciones. Que fue labor de un solo hombre, con una intuición maravillosa, que logró convertir su casa, por no decir a San José, en la capital cultural de América Hispana.